

EL HOMBRE QUE AMO A MARIA MONTEZ

SALIO Paco Alemán a cazarle a la tarde del domingo la suma de sus temas más golosos y garrapiñados, materia prima para sus futuros cuentos. Pudo escribir entonces: "Llegaban a media tarde los autobuses de los pueblos, como embarcaciones que se acercaran al puerto de la ciudad, a la pequeña bahía de una plaza".

Por aquellos años una tarde de domingo facilitaba generosamente a todo escritor, con destino a sus particulares elucubraciones literarias, un copioso material, sin duda irrepetible con el paso del tiempo. Conversaciones, sin prisa, en el Malecón, a la sombra alargada del ciprés. Paseo por Trapería, tras la retransmisión de Matías Prats, con el apetitoso paquete de una repostería a caballo entre el fino hojaldre y el cabello de un ángel a todas luces barroco, mientras desde el pequeño tióvivo de un "picú" alguien solicitaba el ejercicio de la memoria: "recuérdame, que recordar es volver a vivir el tiempo que se fue". Funciones en el Romea: lamés de oro de Celia o blondas a la española de la Piquer, maduras ya ambas. Mecanógrafas y dependientas, anatomías de melocotón bajo el grano gordo de las rebecas, dubitativas entre la novena en Santo Domingo o la "boite". Y es claro que aquella llegada a la ciudad de los autobuses de los pueblos.

La plaza era cuadrada, generosa en hechuras, y en aquella intención hospitalaria con que acogía la bullanga pueblerina de los viajeros recién llegados se advertía lo que de ágora para el solaz había mantenido, muy a su gusto, en otras lejanas tardes. Se hablaba de que un día la ciudad contaría



con una amplia y moderna estación de autobuses. Era una lícita apetencia demandada por aquellos vientos de prosperidad que, empezando a soplar sobre la ciudad, venían sustituyendo, un tanto complacidamente, la fisonomía dieciochesca —cúpula, campanario, forja de florecidos hierros— por las glorias del hormigón armado.

De todos y de cada uno de los viajeros que los autobuses iban depositando, en humana riada, sobre los andenes de la plaza, podía salir siempre el tema de aquel cuento en el que alguien buscaba en el domingo de la capital el desquite de sus desabrimientos y fatigas del resto de la semana, pues no en vano el propio Paco Alemán certificaba que la ciudad disponía de una llave destinada a cada uno de aquellos viajeros del domingo y que, claro, el quid consistía en dar con ella.

Para el tema de su cuento de turno al escritor le bastaría echar mano a cualquiera de aquellos protagonistas domingueros, valiese como ejemplo el viajero solitario de la sabariuna gris, panadero en un pequeño pueblo no lejano a la ciudad, que en el tecnicolor de cualquier cine cifraba su evasión semanal, su meta y su razón frente a sus horas menstruales de la harina y la levadura, el agua y la sal; tan ardorosamente anheladas aquéllas que, a veces, en el trabajo, prendido en exceso en el paladeo del próximo viaje a la capital, absorto totalmente en el éxtasis y ensueño, había de recibir la reprimenda, enteramente merecida, del maestro panadero.

—Eh, tú, mastuerzo, ¿se puede saber en qué piensas?

—¡Anda, en la película del domingo!

El cine como edén, su alfa y omega, triunfando sobre la lentísima, aburridísima fabricación de aquel pan que a las mozas pone mudas y a las viejas quita las arrugas. Pues qué bien. El torso, albo por la nieve de la harina, blanqueadas las pestañas y el corazón caliente por la proximidad del horno. A lo último importaba que tras la desangelada semana a él le esperase una tarde en Bagdad o Bahía, Copacabana o Monterrey, en compañía de Yvonne de Carlo, June Duprez, Maureen O'Hara ... Mejor, por supuesto, si andaba por medio aquella preciosa muchacha, huri de almanaque plastificado, princesa o esclava de la "Universal" que era María Montez, su debilidad. ¡Dios, si no podía evitarlo! Había sido un flechazo. No olvidaría jamás el domingo de su encuentro con aquella mora de la morería que, desde el gran harén de la pantalla, le miraba dulcemente, voluptuosamente, envuelta en vaporosos tules, barriguilla al aire y un "te quiero" doblado en español apuntándole en la cereza rosada de la lengua. Sus ojos, fuego de su propio horno; su



torso, mera ciruela glaseada. Y ya toda su existencia de panadero de panes molludos, de panes con ojos y corteza dorada como un retablo, había de permanecer marcada por la celestial influencia de aquella estrella, sin comillas, su musa dominguera.

Todo un tesoro de Ali-Babá, a favor de sus devociones sentimentales, almacenado en su habitación de soltero recalcitrante: programas de mano, posters —carteles que se decía entonces—, tarjetas postales, recortes de "Primer Plano" y "Fotogramas"... Pensamiento y corazón descansando en la figura de la amada, haciendo siempre del recuerdo su entera razón de vida, hasta decidirle a escribirle a Hollywood: "Querida María Montez: Me alegraré que al recibo de ésta te encuentres bien, yo quedo bien, a Dios gracias. Sabrás que desde que te ví por vez primera sólo vivo para tu recuerdo. Ya sé que esta carta a nada conduce pero me gusta que, de cualquier manera, sepas que en mí tienes tu más ferviente admirador y que cada madrugada, en el último amasijo de la tahona en que trabajo, figura siempre el pan destinado a mi almuerzo personal del día siguiente, con un corazón travesado por la flecha del amor, en pasta de harina, y abajo el eme-eme que quiere decir María Montez".

Alguna vez, frente al tedio de las largas vigili^{as} panaderas, frente a la tristeza de la vida, que se dice, el gusto de soñar lo imposible; por ejemplo, la espera de un hermoso milagro, el acontecimiento que sólo se produce en el guión de la película del domingo en la capital. A sabiendas de que, de verdad, no iba a ocurrir nunca. A sabiendas también de que él, el antihéroe, lejano de por vida a todos los Turham Bey, Sabú o John Hall, iba a permanecer siempre atado a la soledad de su trabajo semanal, lo que no resultaba óbice, sin embargo, para que, en más de una ocasión se detuviera en su quehacer, las manos en la masa, y cerrase los ojos por escuchar así mejor el trueno de la voz de su maestro panadero, convocándole desde el otro lado de su mostrador de despachar el pan:

—¡Eh, tú, sal fuera, que aquí te busca una señora, y qué señora, macho!

—¿Quién es?

—Una tal María Montez.

La magia del encuentro personal, al fin. Por "plató", el mostrador con su peso dorado, espejeante por el "sidol"; la larga teoría de los panes, las sacas de harina...

—¿Sabes que me ha conmovido de veras tu carta? Tanto que no me he resistido a dejar de conocerte personalmente. Además, quiero que me regales



como recuerdo uno de esos panes del último amasijo, con el corazón atravesado por la flecha del amor y el eme-eme debajo.

No importaba que todo resultase mentira podrida, jamás realizable. Importaba sólo esperar el milagro, aunque nunca viniese; importaba, en última instancia, que un autobús continuase acercándole cada semana a la capital, sumergiéndole en Sudanes y Egiptos, en noches de las mil y una noches, en harenas de pacotilla y minaretes de escayola, y que María Montez le alargase en lo posible el minuto de regreso al pueblo en el último autobús, aquél que le iba a uncir de nuevo al tedio laboral del obrador, de la harina y la mohina. Sin duda aquél venía a resultar para el panadero el más triste, desolador momento de la semana. Un desabrimiento mortal le alcanzaba entonces, hasta hacerle apurar hasta las heces un vaso de oscuro veneno. Sin saber, el pobre, que un domingo cualquiera, un domingo aparentemente igual a otro domingo, Paco Alemán iba a estar allí, ojo avizor en el andén de la plaza, a la caza del cuento que podía ser precisamente el cuento del panadero de pueblo que amó a María Montez; sin saber tampoco, claro, que aquel desembarco en la ciudad iba a convertirlo a él en protagonista literario, en el Montgomery Clift de los oficiales de panadería aficionados al cine de los domingos, en personaje, en fin, que, lo que son las cosas, cuando el tiempo hiciese de María Montez sólo un leve montoncillo de ceniza aventada por los años e incluso cuando Paco Alemán se fuese de Murcia sin posibilidad de retorno, habría de permanecer vivo, rescatado de todos los olvidos, immortalizado para siempre desde la prosa de un cuento.

